

## Crítica de arte

### ESTETICA FUGAZ

*Sobre nacionalismo pictórico.*—Cuando se pide una “pintura nacional” cabe preguntarse, ¿en qué dominio de la creación se afincan los rasgos característicos capaces de definir lo autóctono? ¿Cómo haremos que un determinado color sea chileno, español, inglés, turco? ¿Cómo reconoceremos en la manera de dar la pincelada o en la disposición tectónica de las masas el entronque con la idea de nacionalidad? He ahí el meollo del problema.

*Sobre el color.*—La viveza y brillantez del color no dependen, como es frecuente creerlo, de la violencia de los contrastes ni de la utilización de los tonos puros. La armonía y el adecuado acorde condicionan aquella brillantez. Tanto es así que con barro de la calle —como decía Delacroix— es posible reproducir la más bella carnación femenina.

*Sobre pintura religiosa.*—La pintura en sí no es católica, ni protestante, ni mahometana. Tomemos el caso de Murillo, considerado por cierta crítica como el artista que representa a cabalidad el espíritu católico. Nada demuestra, empero, que esa estimativa se apoye seriamente en algo que no sea el asunto. Separemos del cuadro un trozo cualquiera que no permita distinguir el tema. ¿Podríamos decir que este brazo, que este paño son católicos?

*España y el paisaje.*—Es cierto que así, *grosso modo*, podemos

a afiliarnos a la idea de que el español no siente el paisaje. ¡Ah! pero cuando el paisaje es la eclosión ideal de un espíritu que lo mira y lo traduce según su emoción más íntima en un reflejo entrañable que lo antropomorfiza, entonces la imagen de la naturaleza no es esa cosa inerte y fría de ciertos paisajistas nórdicos, sino una imagen palpitante de vida.

*Sobre psicología hispana.*—Uno de los rasgos que distingue al temperamento español es cierta tendencia a la rudeza. Rudeza teñida a menudo de ternura interior, de búsqueda de lo esencial y desprecio de lo que se considera como superfluo y muelle. El español siente que le nace en lo hondo de su entraña un sentimiento de fusión cordial, una ansia de amor, algo en suma que expande o esponja sus fibras íntimas. Pero el español apenas dejará que este tumulto de sentimientos ilumine fugazmente sus pupilas. El gesto seguirá rudo. Goya es un artista pétreo, esencial y duro.

*Sobre el expresionismo.*—El expresionismo, más que un estilo figurativo, es una manera especial de sentir el mundo. Puede existir, claro es, un estilo preferentemente adecuado a tal concepto, mas parece indudable que podemos calificar de expresionistas a dos pintores de técnica en apariencia distinta. El expresionismo es una rama del barroco interior o anímico, del romanticismo y hasta de los ideales góticos. El expresionismo es la forma actual de esa tendencia del arte, opuesta al clasicismo, que busca, más que una determinada y rigurosa imposición de lo formal, la hondura entrañable del hombre.

*Dualidad del arte.*—El arte es desde hace años una tentativa o una deserción. Al esbozo se le da jerarquía de obra terminada. Por otro lado existen pintores con un dominio cabal de su oficio; pero éstos, más culpables que aquéllos, no se entregan. Desertan de su misión.

*Sobre las generaciones.*—El tiempo es un vehículo que conduce a los individuos de una misma generación a idéntica meta. Si en sus días no era posible ver ese ideal común que amalgama y funde, la posteridad les da un paisaje único. Desaparecen los antagonis-

mos, se borran las diferencias, se apagan las disidencias estilísticas y predominan como constantes peculiares, como perfil definidor, como clave, una serie de rasgos típicos constitutivos de la trama en la cual se inscriben la tracería y el arabesco persistente.

*Descartes y la pintura.*—Antes de Descartes existe una pintura despojada de cualquier complacencia sensual, que admitiría el remoque de jansenista *avant la lettre*. Pintura de sobriedad monástica, grave, intelectual, austera, estirada y, ¿por qué no decirlo?, un poco antipática. El primer pintor cartesiano es Jean Fouquet, quien nos da en la *Virgen bajo los rasgos de Agnés Sorel* un trazado de acuerdo con esa exigencia racionalista. Los volúmenes se recortan en el rigor de lo abstracto. Así la cabeza de la Virgen es un óvalo perfecto, el seno una semiesfera. En el retrato de *Etienne Chevalier et son saint Patron* lo figurativo es, escuetamente, la transcripción de una idea plástica reducida a su expresión depurada. Más que la representación de la naturaleza es esto la pintura de un concepto, osificación de la vida. Ante este cuadro viene a nuestra mente con urgencia la fórmula de Cartesius: *Des idées claires! . . . Des idées claires! . . .*

*Brevísimas notas sobre Raoul Dufy.*—Raoul Dufy, el pintor francés recientemente fallecido, figura de mucha notabilidad en el panorama artístico de nuestro tiempo, fué ejemplo de una permanente superación. Puso en su obra varias cualidades sustantivas. Juventud perenne, en primer lugar. Inquietud, en segundo. Ansias constantes de liberación del amaneramiento y del tópico, siempre.

Pertenecía a un grupo, el de los *fauves* —las fieras—, que hizo del color un drama. La diferencia con los expresionistas alemanes, nacidos del movimiento *Die brücke* —el puente— es ostensible. Estos, los expresionistas tudescos, eran dramáticos por las tonalidades broncas y opacas, por la brutal armonía de los colores. Los franceses lo fueron por el equilibrio y por la búsqueda de los matices más refinados y puros.

Pero Dufy apartóse poco a poco de sus primeros influjos ex-

presionistas —Marquet, Bonnard, Friesz, Matisse, Rouault— y en el contacto con la atmósfera transparente del Mediterráneo, su paleta hizo de los azules, de los verdes, de los rojos, una clave definitoria. Y paulatinamente los acentos patéticos dejaron lugar al ímpetu dionisiaco. Los interiores con luces de la Rivière, los desnudos pomposos hechos con un arabesco jugueteón, las vistas del puerto, las regatas, las carreras, formaron el núcleo principal de su obra.

Dufy había alcanzado la setentena. Mas a medida que los años avanzaban su pintura era más audaz, más alegre, más nueva. Era, como decimos, la juventud, la inquietud, la liberación. El valor más auténtico de un artista digno de tal nombre se afina en su capacidad para poner en la obra el halo sutil que le presta la sensibilidad de su tiempo. Es decir, en el hecho de crear, según sus propias concepciones, modificadas por eso que Ortega llama el dintorno, o el influjo de las circunstancias.—ANTONIO R. ROMERA.